

Documentos

NICAN MOPOHUA

1. Este es el relato primitivo que de documentos manuscritos anteriores recopilaron los estudiantes de Tlatelolco, ya de edad madura, en el Colegio de Santa Cruz, entre 1560 y 1570.

2. Lo incorporó Lasso de la Vega en 1649 a su edición, agregando otros documentos.

3. El carácter literario es de la más castiza modalidad de la lengua mexicana, pero está embellecido con recursos estilísticos propios de su expresión, usados por personas muy peritas y avezadas, como eran los estudiantes de Tlatelolco, que guardaron la forma idiomática de los antiguos relatos históricos, que antes andaban en bocas vivas y fueron recogidos más tarde en manuscritos.

4. En la versión se ha procurado guardar el color que la frase náhuatl, en tanto que no estuviera muy lejano al sentido dado en castellano.

(Angel Ma. Garikay K.)¹

3. Y a los diez años de conquistada la ciudad de México, cuando yace en tierra flecha y escudo, por doquiera están en calma los habitantes de mon-

1. Texto tomado de la Revista *Servir* 95-96 (1981) 430-485. El P. Garibay traduce únicamente la "Relación" de las apariciones propiamente dicha, es decir, a partir del v. 3, según la división introducida por él mismo en el texto náhuatl.

te y lago. Y aquí no más dio comienzo, echa ya flores, ya abre sus brotes la fe, el saber de Dios.

4. Precisamente en el año 1531, cuando han pasado unos pocos días de diciembre:

5. Había un indiecito, un pobrecillo de nombre Juan Diego. Según se dice, tenía su casa en Cuauhtitlán, y en lo que toca a las cosas de Dios aún todo aquello pertenecía a Tlatilolco.

APARECE POR PRIMERA VEZ

*“Yo soy la perfecta y perpetua Virgen María,
Madre del verdadero Dios”.*

6. Pues era sábado aún muy de mañana. El venía en pos de las cosas de Dios y de sus mandamientos.

7. Y cuando hubo llegado al lado del cerrito, en el sitio llamado Tepeyacac, ya estaba amaneciendo. Oyó en la cumbre del cerro: había música con canto. Como si variados preciosos pájaros cantaran, se alternaran en su canto: como que les respondía el cerro.

8. Muy placentero, muy deleitoso era su canto. Sobrepasaba al del ave cascabel, al zorzal marino y a otros preciosos pájaros al cantar.

9. Se detuvo y quedó en pie Juan Diego y se dijo: ¿Es mérito mío, es dignidad mía el que yo lo oiga? ¿Quizá sólo sueño; quizá solo lo entreveo en el sueño? ¿Dónde estoy, dónde me veo? ¿Allá acaso que dejaron dicho los ancianos, nuestros pasados, nuestros abuelos, en la Tierra de la Flor, en la Tierra de nuestro Sustento? ¿Acaso allá dentro del cielo?

10. Tenía fija la mirada en la cumbre del cerrito, hacia el rumbo por donde el sol sale: de ahí para acá salía el bello canto celestial.

11. Y cuando al fin cesó el canto, cuando todo quedó en calma, oyó que por allá lo llamaban en la cumbre del cerrito.

12. - Juanito, Juan Dieguito.

13. Entonces se atreve a ir allá a donde es llamado. No se alteró en mo-

do alguno su corazón, ni tuvo temor alguno, antes bien se sintió muy contento, muy dichoso.

14. Fue a subir al cerrito, y se le dejó ver una Noble Señora: allá está puesta en pie. Lo llama para que vaya a su lado.

15. Y cuando hubo llegado a su presencia se llenó de grandísima admiración de cómo sobrepasaba en exceso su perfecta hermosura.

16. Su ropa como el sol echaba de sí rayos y reverberaba y, con estos rayos, las piedras y los peñascos en que ella estaba erguida, al dar en ellos como flechas los rayos, la claridad, se mostraban como joyeles de esmeraldas preciosas y la tierra parecía estar como bañada por oleadas de arcoiris.

17. Por lo que toca a las acacias y a los cactus y las demás herbezuelas que por allí medran, parecían de esmeralda fina y de turquesa sus tallos, ramos y follaje,

18. y aún sus espinas y leves espinillas, como oro lanzaban destellos.

19. Ante ella se postró, oyó su plácida palabra, su voz: sumamente recreadora, muy grata, como que acaricia y procura amor.

20. Le dijo: - Oye, hijito el más pequeño, ¿dónde te encaminas?

21. Y él le respondió: - Señora mía, Niña mía, Reina mía: Voy en pos de las cosas divinas, las que nos dan y muestran los representantes de Nuestro Señor, nuestros sacerdotes.

22. Entonces ella le platicó, la manifestó amor, le dijo:

23. - Sabe y ten por seguro, mi hijo el más pequeño, que yo soy la perfecta y perpetua Virgen María, Madre del verdadero Dios, de Aquel por quien todo vive, el creador de los hombres, el dueño de lo que está cerca y junto, el amo de los cielos y de la tierra.

24. Mucho quiero y con intensidad deseo que en este lugar me levanten mi templo: Allí ostentaré, haré exhibición, daré todo mi amor, mi compasión, mi ayuda, mi defensa de los hombres.

25. Yo soy vuestra madre misericordiosa, de ti y de todos vosotros, los que vivís unidos en esta tierra, y de todos los demás variados géneros de personas que son mis amantes, los que claman a mi, los que me buscan, los que en mí tienen confianza.

26. Allí he de oír su llanto, su tristeza, para remediar, para aliviar todos sus múltiples dolores, necesidades, infortunios.

27. Y para que pueda verificarse, para que llegue a realidad esta mi misericordia, anda allá a la casa palaciega del Obispo de México, y le dirás de qué modo yo te mando de mensajero, para que le hagas presente cómo yo mucho deseo que me levanten aquí en el plan mi templo.

28. Le contarás bien todo cuanto has visto y admirado y lo que has oído.

29. Y queda seguro de que mucho lo he de agradecer y que yo he de pagar y por esto te he de hacer dichoso, te daré la felicidad y mucho merecerás con esto que yo te retribuya tu fatiga, tu trabajo, con que vas a poner en obra lo que yo te he dado en comisión.

30. Ea, hijo mío el más pequeño: ya oíste mi dicho y mi palabra: ve-te. Haz cuanto de tu parte esté.

31. Entonces él se inclinó profundamente ante ella y le dijo: - Señora mía, Reina mía: ya me voy para que haga realizarse tu dicho y tu palabra. Y ahora me retiro de ti, yo tu pobre servidor.

32. Luego bajó para dar cumplimiento a su comisión; fue a encontrar el camino real que va derecho a México.

33. Y cuando hubo entrado a la ciudad luego se fue derecho a la casa palaciega del Obispo. Este poco tiempo antes había venido como jefe de los sacerdotes, su nombre era D. Fr. Juan de Zumárraga, sacerdote de San Francisco.

34. Y cuando hubo llegado, trató inmediatamente de verlo. Rogó a sus pajes, a sus familiares, que fueran a decirselo.

35. Pasado un buen tiempo, vinieron a llamarlo: ya había dispuesto el Señor Obispo que entrara.

36. Cuando hubo entrado, luego se arrodilló ante él, se postró, y en seguida le puso delante, le declaró el pensamiento y la palabra de la Reina del cielo y su voluntad.

37. Le dijo también todo cuanto había admirado y visto y oído.

38. Cuando hubo oído todas sus palabras, su mensaje, como que no le dio grande crédito, le respondió y le dijo:

39. - Hijo mío, tendrás que venir otra vez, otra vez te he de oír con calma, aún tengo que ver y considerar el fundamento de eso a que has venido y de tu voluntad y deseo.

40. Salió, se fue triste de que en absoluto no se le creyera su mensaje.

POR SEGUNDA VEZ SE MANIFIESTA

*"Y cuidadosamente dile una vez más cómo yo soy
la Virgen Santa María, Madre de Dios..."*

41. Luego regresó precisamente en el mismo día. Vino a dar allá a la cumbre del cerrito;

42. y llegó a la presencia de la Reina del cielo: en el mismo punto en que la había visto primero lo estaba esperando.

43. Y cuando la vio, ante ella se postró, se echó por tierra, le dijo:

44. - Ama mía, Señora, Reina, Hija mía la más pequeña, Doncella mía: He ido a donde tu me enviaste: fui a decir tu pensamiento y tu palabra.

45. Aunque con gran dificultad entré en donde es su lugar del Señor de los sacerdotes.

46. Lo vi, ante él expuse tu pensamiento, tu palabra tal como tu me lo mandaste.

47. Me recibió con buen ánimo y me oyó con buena disposición. Pero según me respondió como que no lo admitió su corazón, no dio crédito.

48. Me dijo: "Tendrás que venir otra vez, otra vez te he de oír con calma; aún tengo que ver y considerar el fundamento de eso a que has venido, y de tu voluntad y deseo".

49. Bien lo vi, al tenor de como me respondió, que él tiene la opinión que el templo que tu quieres que se te edifique yo nada más acaso lo finjo y puede que no sea de parte tuya.

50. Pues mucho te suplico, Señora mfa, Reina mfa, Hija mfa, que a alguno de entre los nobles, los conocidos, estimados y venerados, les des el encargo de transmitir y de llevar tu pensamiento y tu palabra para que sea creído.

51. Porque ciertamente yo soy un hombrecillo infeliz, un pobre cargador y gañán, hez y fin del pueblo, sometido a hombros y a cargo ajeno; no es allí mi paradero ni mi paso a donde tu me envías, oh Hija mfa la menor, Niña mfa, Señora, Reina mfa.

52. Perdóname; yo daré pena a tu rostro y a tu corazón, con esto iré a dar y a caer en tu disgusto, en tu enojo. Señora, Ama mfa.

53. Le respondió la siempre venerada Virgen: - Oyeme por favor, hijito el más pequeño: no son escasos mis servidores, mis criados a quienes muy bien podría dar el encargo de que llevaran mi pensamiento y mi palabra y que pusieran en ejecución mi voluntad.

54. Pero es de absoluta necesidad que seas tú precisamente el que andes, el que hables de esto; precisamente por tu mano se verifique y se haga mi deseo y mi voluntad.

55. Y mucho te ruego, hijo mfo el más pequeño, y con toda energía te mando que precisamente vayas otra vez mañana a ver al Obispo.

56. Y en mi lugar hazle saber, hazle oír bien mi voluntad y mi deseo para que haga real, para que edifique mi casa que le pido.

57. Y cuidadosamente dile una vez más cómo yo soy la Virgen Santa María, Madre de Dios; yo allá te envío.

58. Y Juan Diego le respondió, le dijo: - Ama mfa, Reina, Hija mfa: no apesadumbre yo tu rostro, tu corazón: con muy buena disposición de mi corazón iré, allá le iré a decir con verdad tu pensamiento, tu palabra.

59. Absolutamente de ningún modo dejaré de hacerlo, o me será penoso y molesto el camino. Iré, iré a ejecutar tu voluntad.

60. Y bien puede ser que no sea yo oído, y si acaso fuere yo oído, acaso no seré creído.

61. Mañana al caer el sol, cuando el sol se mete, te retornaré tu pensamiento, tu palabra: lo que me ha de responder el jefe de los sacerdotes.

62. Ya me separo de ti, Hija mía la menor, Virgen mía, Señora, Reina. Quédate con bien.
63. Luego se fue a descansar.
64. Y al día siguiente domingo, muy de madrugada, aún oscuro el día, salió de su casa, se fue derecho a Tlatelolco a aprender las cosas de Dios, y a ser contado. Luego ya va a ver al Señor.
65. Y cuando eran como las diez, cuando ya se hizo la reunión, ya se oyó la Misa y fueron contados, y se dispersaron los indios,
66. él, Juan Diego, luego se fue a la casa del Señor Obispo.
67. Y cuando hubo llegado allá, hizo todo su esfuerzo para verlo, pero con mucha dificultad lo vio otra vez. Se arrodilló a sus pies, lloró y se puso triste al ir comunicando, al ir demostrando ante él el pensamiento, la palabra, de la Reina del cielo;
68. con lo cual puede ser que fuera creído en lo de la embajada y voluntad de la siempre Virgen tocante a que le edificaran y le pusieran en pie su templo en donde ella lo mandó, en donde ella lo quiere.
69. Pero el Señor Obispo le preguntó muchas cosas, hizo indagación de muchas cosas, para que su corazón quedara satisfecho, dónde la vio y de qué modo era.
70. Enteramente contó todo al Obispo, pero aunque todo se lo dijo en forma completa, cómo era su apariencia y todo lo que había visto y admirado, en lo que bien se descubre que es ella la totalmente Virgen y la admirable Madre del Salvador Señor nuestro Jesucristo,
71. sin embargo aún no le dio crédito; el dijo que no no más por su palabra su mensaje se iba a hacer verdadero lo que él pedía;
72. que era algo necesario de señal suya para que fuera creído como lo quería y pedía la Reina del cielo.
73. Cuando así oyó Juan Diego le dijo al Obispo: - Señor, Príncipe: Mira cuál ha de ser la señal que pides, pues luego iré a pedirla a la Reina del cielo: ella me envió acá.
74. Y cuando vio el Obispo que bien se afirmaba en la verdad, que en

nada absolutamente se desconcertaba, se alteraba interiormente, le dio permiso de irse.

75. Y cuando se hubo ido, luego dio ordena algunos de los de su casa, en los que podía tener confianza, que lo vinieran siguiendo, que lo fueran observando a dónde iba y a quién veía y hablaba.

76. Diligentemente se hizo, y Juan Diego al momento se fue derecho, siguió el camino terraplenado. Los que lo iban siguiendo, allí salieron. Junto al puente del Tepeyácac, en la barranca, lo perdieron de vista; aunque todavía por todas partes estuvieron buscando, ya en ningún lugar lo vieron.

77. De este modo, volvieron de regreso, no solamente por haberse enfadado mucho, sino que con esto él les dio enojo y los puso sumamente disgustados.

78. Así pues, fueron a dar cuenta al Obispo: poniéndole en el ánimo mala disposición para que no le diera crédito, le dijeron que no más lo estaba engañando; que solamente había inventado lo que le venía a decir.

79. O bien que acaso sólo lo había soñado, lo había visto en sus dormitaciones, aquello que le estaba solicitando.

80. Y en este sentido se confabularon unos con otros sobre que, si otra vez viniera, regresara, allí lo habrían de agarrar y rigurosamente lo habrían de castigar, para que no otra vez fuera a menteroso y embustero.

POR TERCERA VEZ SE APARECE

*“Acaso no soy yo aquí tu madre...?
No estás acaso en el hueco de mi manto,
en el cruzamiento de mis brazos?”*

81. Al día siguiente, lunes, cuando Juan Diego tenía que llevar aquello que sería señal, para ser creído, ya no regresó acá, porque cuando llegó a su casa, su tío de nombre Juan Bernardino, estaba enfermo y estaba a las últimas. Y Juan Diego fue a llamar a un médico,

82. y éste trató de él, pero ya no pudo en absoluto hacer nada: estaba muy grave.

83. Ya en la noche le rogó su tío que aun de madrugada pasara a Tlatelolco para que llamara a uno de los padres, para que lo llevara a confesarlo y disponerlo del todo,

84. pues él tenía muy sentado en su corazón que ahora y en este punto tenía que morir, que ya no se había de levantar, que ya no había de sanar.

85. Pues el martes, cuando muy bien estaba oscuro, salió de allá de su casa Juan Diego para llamar al sacerdote en Tlatelolco.

86. Y cuando ya hubo llegado junto al cerrito Tepeyácac, por cuyo pie sale el camino del lado por donde el sol se mete, por donde él solía pasar, dijo:

87. - Si voy derecho por el camino pueda ser que la Reina me venga a ver y por allí me demore para que yo lleve la señal al Señor Sacerdote en Jefe, como me ha mandado. Que antes nos deje nuestra aflicción, que antes vaya yo a llamar al sacerdote. Está padeciendo mi tío, no más lo está esperando.

88. Entonces torció el cerro, pasó subiendo por entre ellos, fue a dar a la otra parte por el rumbo por donde el sol sale, fue a pasar para llegar de prisa a México de suerte que no lo demorara la Reina del cielo.

89. ¡Tenía la creencia de que por allí por donde él torció, no lo había de ver la que por todos está mirando muy bien!

90. La vio: cómo va bajando de arriba del cerrito, que desde allí había venido a ver la que allá lo había visto.

91. Vino a encontrarlo en la esquina del cerro, vino a cerrarle el paso, saliéndole enfrente, le dijo:

92. - Pues, mi hijo menor, ¿a dónde vas?, ¿a dónde te diriges?

93. Pero él quizá un poco se mortificó. Quizá tuvo vergüenza, quizá con esto se espantó y tuvo temor.

94. Ante ella se doblegó, la saludó y le dijo: - Hija mía, Hija pequeña mía, Reina: que estés con toda felicidad. ¿Cómo te ha salido el sol? ¿Acaso estás bien de tu cuerpo, Señora mía, Hija mía?

95. Daré pesadumbre a tu rostro y a tu corazón: Haz de saber, Hija mía, que está a las últimas

96. un tu criado tío mío: una gran enfermedad se ha asentado en él, con que por allá se va a morir.

97. Y yo voy de prisa a llegar a tu casa en México; voy a dar cuenta a alguno de los amados de Nuestro Señor, sacerdotes nuestros: que vaya a confesarlo, a disponerlo del todo.

98. ¡Por cierto que para esto hemos nacido: para esperar el deber de nuestra muerte!

99. Pero si voy a realizar esto, luego al momento otra vez he de venir acá, he de regresar para ir a llevar tu palabra y tu pensamiento.

100. Señora, Hija mía, perdóname, por ahora ten conmigo un poco de paciencia: no es que yo te quiera engañar, Niña pequeña mía, Hija mía. Mañana mismo he de venir de carrera a verte.

101. Y después de que oyó las palabras de Juan Diego, le respondió la Virgen totalmente misericordiosa:

102. - Oye, pon bien en tu corazón, hijo mío el más pequeño: Nada te amedrente, nada te abata, tampoco se altere tu corazón, tu rostro. No temas tampoco enfermedad o algo molesto, angustioso, doliente.

103. ¿Acaso no soy yo aquí tu madre? ¿No estás bajo mi sombra, bajo mi resguardo? ¿Acaso no soy yo tu fuente de vida? ¿No estás acaso en el hueco de mi manto, en el cruzamiento de mis brazos? ¿Qué otra quizá te hace falta?

104. Que ya nada te angustie, te de amarguras: que no te aflija la enfermedad de tu tío; porque no ha de morir de lo que ahora tiene en sí. Ten por seguro que ha de sanar.

105. (Y en ese momento sanó su tío, como después se supo).

106. Y Juan Diego, cuando hubo oído la palabra, la voz de la Reina del cielo, mucho se consoló, se puso en calma su corazón.

107. Y le suplicó mucho que lo enviara para que fuera a dar a ver al Obispo y le llevara el signo, la cosa de verificación, para que fuera creído.

108. Y la Reina del cielo luego le mandó que subiera a la cima del cerro, allí donde se había dejado ver de él. Le dijo:

109. - Sube, hijo mío el menor, a la cima del cerrito, y allí donde tú me viste y en donde yo te mandé, allí verás haber extendidas diversas flores; córtalas, júntalas, reúnelas. Luego baja acá; tráelas aquí delante de mí.

110. Y Juan Diego luego subió al cerrito; y cuando llegó a la cima, quedó muy admirado: estaban extendidas, estaban abiertas, estaban florecientes toda clase de variadas flores finas de Castilla: no era aún lugar en que se produjeran:

111. como que era el tiempo preciso en que los hielos se encruelecen. Estaban muy llenas de rocío: como si tuvieran perlas finas, así estaban cuajadas de rocío nocturno.

112. Al momento comenzó a cortarlas; las juntó enteramente, las puso en el hueco de su manto.

113. Pues en la cumbre del cerrito absolutamente no es sitio en que se produzcan flores: roquedales, abrojos, espinas, nopales, mezquites, y si acaso se producen hierbezuelas, en aquella sazón, mes de diciembre, todas las devora, las aniquila el hielo.

114. En seguida vino bajando; vino a traer a la Reina del cielo las variadas flores que él había cortado.

115. Y ella, cuando las hubo visto, las tomó en su manecita y después de nuevo las fue poniendo en el hueco del manto de aquél. Le dijo:

116. - Hijo mío el menor: Estas diferentes flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo. En representación mía le dirás que vea mi voluntad y con esto que realice mi voluntad y mi deseo.

117. Y en cuanto a tí, tú eres mi mensajero y que en tí pongo toda mi confianza. Y con toda energía te mando que puramente al Obispo y en su presencia abras tu manto y le des a conocer lo que tú llevas.

118. Y de todo le darás parte, le dirás cómo te mandé que subieras a la cima del cerrito y fueras a cortar las flores y todo lo que tú has visto y admirado. Con esto has de mudar el corazón del Señor de los sacerdotes,

119. para que desde luego trate de hacerme y de levantarme mi templo que le he pedido.

120. Y cuando la Reina del cielo le hubo dado su mandato, tomó la calzada que viene derecho a México.

121. Iba de prisa contento, con el corazón seguro, llevando con diligencia lo que iba a salir bien.

122. Mucho cuidaba de lo que llevaba en el hueco del manto, no fuera a ser que en vano diera algo y se iba deleitando en el perfume de las flores finas.

Y... PARA SIEMPRE DEJO SU IMAGEN

*“En el momento se pintó, apareció
rápidamente la venerada imagen
de la siempre Virgen María, Madre de Dios...”*

123. Y cuando hubo llegado a la casa del Obispo, dio con los guardas de su casa y otros más que vivían al lado del Obispo.

124. Y se puso a rogarles que fueran a decirle cómo quería él verlo; pero ni uno de ellos quiso, no le querían dar atención, ya por ser aún temprano, ya porque lo conocían: no hacía más que darles pesadumbres y se les colgaba de la cara,

125. y también porque les habían platicado sus colegas que lo habían perdido de vista cuando iban en su seguimiento.

126. Por largo tiempo estuvo en espera y cuando vieron que hacía largo tiempo que estaba allí parado, que estaba cabecicaído, que estaba en vano parado, a ver si era llamado,

127. y que parecía que traía algo, que alguna cosa traía en la manta, luego se acercaron a él para ver qué cosa traía, para quedar satisfechos.

128. Y cuando vio Juan Diego que de ningún modo habría de esconder lo que consigo traía, que por esto le habían de dar pena, lo habían de echar fuera, o le habían de maltratar, un poquito les mostro: eran flores.

129. Y cuando ellos vieron que eran todas ellas diversas flores finas de Castilla y que no era el tiempo de producirse ellas, entonces se llenaron de

grande asombro y de cómo habían abierto, cómo estaban frescas y cómo exhalaban aroma admirable.

130. Y tuvieron deseo de coger algunas, y quitárselas, y por tres veces lo hicieron, se atrevieron a tomarlas, pero no pudieron, pues cuando iban a tomarlas, ya no veían flores, sino como pintura o bordado o sobrecosido lo que veían en el manto.

131. Luego fueron a decir al Obispo lo que habían visto y cómo lo quería ver el indezuelo que estaba viniendo ya varias veces, y ya tenía rato de estar en espera a ver si lograba verlo, dada su licencia para ello.

132. Pues el Señor Obispo, cuando lo hubo oído, inmediatamente trajo a la memoria de que acaso pudiera ser aquello con lo que demostrara por verdadero lo que el indio venía a pedir.

133. Dio inmediatamente orden de que entrara luego, que fuera a verlo. Cuando hubo entrado a su presencia, se postró como solía hacerlo,

134. y de nueva cuenta le relató todo lo que había visto y admirado y su embajada. Le dijo:

135. - Señor mío, amo: Ya hice, ya di realización a lo que tú me habías mandado. Tal como tú me mandaste, así fui a decir a la Señora: nuestra Señora, la Reina del cielo, Santa María, admirable Madre de Dios, cómo tú pedías una señal para que me dieras crédito, para que en esta manera la hicieras su templo donde ella te pide que se lo levantes.

136. Y le dije además que te había dado mi palabra de traerte alguna cosa como señal, como argumento de su voluntad que tú de mi mano quieres recibir.

137. Pues cuando ella hubo recibido tu pensamiento, tu palabra, tuvo a bien otorgar lo que pides: la señal, la cosa que sirva de argumento para que se haga, se ponga en ejecución su voluntad.

138. Pues, ahora bien, hoy por la mañana al clarear el día, me dio orden de venir a verte otra vez. Pero yo le pedí la cosa, la señal con que yo hiciera fe, como ella me había dicho que iba a dárme la.

139. Y al momento lo puso en obra y me envió a la cima del cerrito, donde en otro tiempo yo la había visto: allá había de ir yo a cortar diferentes flores de Castilla.

140. Y cuando yo las hube cortado, y vine a traerlas a la falda del cerro. Y ella con su manecita las cogió:

141. otra vez las estuvo colocando en el hueco de mi manto, para que yo te las viniera a traer, para que yo te las viniera a dar.

142. Aunque yo bien sabía que no es sitio que se produzcan flores la cima del cerrito, que solamente es sitio en que abundan piedras, abrojos, espinales, nópales montaraces, mezquites, no por eso estuve perplejo, no por eso lo puse en duda.

143. Cuando yo fui a llegar a la cima del cerrito, fijé los ojos allí: ¡Era la Tierra Florida! Allí estaban tendidas en completo desarrollo toda clase de flores finas, de las que han venido de Castilla: rociadas por el rocío estaban re-verberando. Inmediatamente las fui cortando.

144. Y me dijo que era para que yo te las diera y para que con este modo yo diera fe, con que veas la señal que tú pedías, para que dieras crédito a voluntad, y con éstas queda clara mi petición. Aquí están: dígnate recibirlas.

145. Y en el momento desplegó su blanco manto, con el cual traía recogidas en el hueco las flores, y en el instante cayeron por tierra todas las diferentes flores de Castilla.

146. En el momento, se pintó, apareció rápidamente la venerada imagen de la siempre Virgen María, Madre de Dios, enteramente en la forma en que ahora está presente, ahora es guardada con veneración en su preciosa casa, en su templo de Tepeyácac, que tiene por nombre Guadalupe.

147. Pues cuando el Obispo la vio, y con él todos cuantos allí estaban, se arrodillaron, quedaron admiradísimos. Se pararon para verla conmovidos y llenaron de afecto que les penetraba al corazón y al pensamiento.

148. Y el Obispo con llanto y conmovido le hizo oración y le suplicó que le perdonara de no haber dado crédito a su voluntad, a su palabra, a su pensamiento.

149. Cuando se hubo puesto en pie, vino a desatar del cuello de donde pendía, el vestido, el manto de Juan Diego en el que está patente, en el que está dibujada al Reina del Cielo.

150. Y luego la llevó, la colocó en su oratorio.

151. Y allí pasó el día Juan Diego en casa del Obispo: aún lo detuvo allí. Y al día siguiente le dijo:

152. - ¡Vamos: les mostrarás en dónde es voluntad de la Reina del cielo que le levanten su templo!

153. Luego se dio disposición de que se hiciera, se levantara.

154. Y cuando Juan Diego hubo mostrado en donde le había mandado la Reina del cielo que le levantaran su templo, luego dijo a la gente que quería llegar a ver en su casa a su tío Juan Bernardino: éste estaba a las últimas cuando aquél lo dejó. Quería llamar a un sacerdote que lo viniera a confesar y disponer y le dijo la Reina del cielo que ya había sanado.

155. Pero no lo dejaron ir solo: lo acompañaron a su casa. Y cuando allá hubieron llegado, ya el tío estaba sano; ninguna dolencia tenía. Y él se admiró mucho de cómo venía su sobrino acompañado y muy lleno de honor. Y Juan Diego le dijo cómo cuando iba a llamar al sacerdote para que lo confesara y dispusiera, se le mostró en el Tepeyácac la Reina del cielo y lo mandó ir a decir al Obispo que allí le edificaran su templo. Y que le dijo que no se afligiera, que su tío estaba sano.

156. Y el tío le dijo que era verdad, que lo había curado y él la había visto tal como se le había mostrado a su sobrino y que ella le había dicho cómo había de ir a pedir al Obispo. Y que también al momento mismo de verla él, lo había sanado milagrosamente y le dijo cómo había de ser llamada: que fuera llamada la siempre Virgen María de Guadalupe aquella su preciosa imagen.

157. Luego trajeron a Juan Bernardino ante el Obispo para que viniera a dar cuenta e hiciera fe ante él. Y a ambos hospedó el Obispo en su casa unos cuantos días, en tanto que se edificaba el templo de la Reina del cielo en el Tepeyácac, donde se mostraba a Juan Diego.

158. Y el Obispo trasladó a la iglesia mayor la imagen preciosa de la Reina del cielo; la sacó del oratorio de su casa para que todos la vieran, para que admiraran su preciosa imagen.

159. Y toda la ciudad se puso en movimiento: venía a ver, venía a admirar su preciosa imagen; venía a venerarla como cosa divina, venía a hacerle oración. Mucho admiraba (la ciudad) cómo por maravilla divina se había manifestado: como que ningún hombre de la tierra pintó su preciosa imagen.

**LEA
DIVULGUE**

PRESENCIA ECUMENICA

UNA REVISTA ECUMENICA VENEZOLANA



Precios de Suscripción anual:

VENEZUELA:

Normal: Bs. 150,00

Suscripción de Apoyo: Bs. 200,00

EXTERIOR:

América: US\$ 16,00

Europa y otros: US\$ 20,00

Suscripción de Apoyo: US \$ 25,00

PEDIDOS A:

ACCION ECUMENICA

La Pastora, Calle Norte 10

San Vicente a Medina No. 139

Telfs.: (02) 81.15.48 - 861.11.96

Apartado Postal 6314

Caracas 1010-A (Carmelitas)

VENEZUELA

